

USLAR, PIETRI, Arturo.

Golpe y estado en Venezuela.

Santafé de Bogotá, Editorial Norma, 1992.

LA TENTACIÓN DE LA VIOLENCIA

Son mucho más las democracias que han perecido por la violencia que las que han sido fundadas por ella. La más rápida hojeada a la historia universal confirma este triste aserto que, con mucha frecuencia, los hombres parecemos olvidar para daño nuestro.

En un tiempo, los marxistas solían decir que "la violencia es la partera de la historia". Esto es verdad sólo hasta un punto, porque las sociedades, como los seres vivos, no nacen sino una sola vez y luego empiezan a vivir por su cuenta y no requieren normalmente de ningún segundo alumbramiento. La violencia es, por su propia naturaleza, destructiva y sus resultados son siempre impredecibles y generalmente contrarios a los propósitos que los promotores de ella se han propuesto. La violencia es momentánea y la historia, por el contrario, es continuada, observable y hasta previsible. Una democracia que requiere para su funcionamiento periódicas rupturas violentas no sería una democracia, que es, por su propia naturaleza, el gobierno del consenso sobre los grandes fines sociales y del acuerdo sobre los modos de alcanzarlos.

La revolución francesa rompió el Antiguo Régimen, que estaba lejos de ser un mal gobierno, para lanzarse a la loca aventura de proclamar y establecer en toda la tierra la libertad, la igualdad y la fraternidad de todos los hombres. La terrible violencia desatada por su propio proceso no sólo no hizo posible alcanzar estos fines sino que, en muchas formas, trajo graves retrocesos y desviaciones a la historia de Francia y de Europa. Lo que vino no fue la felicidad universal sino el terror, la guillotina a tiempo completo, las guerras invasoras, el predominio personal de Napoleón, para rematar, como en una comedia ejemplar, en la fallida restauración de los Borbones, en 1815, en la monarquía burguesa de Luis Felipe, que no satisfizo a nadie, y en los largos años opresivos y torpes de la caricatura de imperio de Napoleón III. Fue sólo casi cien años más tarde, después del desastre de 1870, cuando los franceses pudieron reemprender con más tino y fruto la posibilidad de establecer una democracia efectiva.

El caso de Venezuela es igualmente ejemplar y, desde luego, nos afecta más directamente. La independencia se proclamó con los más altos ideales políticos pero lo que vino a surgir de quince años de guerra destructiva fue no sólo el aniquilamiento de una sociedad civilizada que empezaba a florecer, sino las formas más brutales del predominio personal y de la ausencia de derechos. Fue casi un siglo de guerra civil que abarcó todo el territorio y que destruyó toda posibilidad efectiva de progreso. El día en que se revise el mito de la guerra federal se verá que fue el punto culminante de una gran hecatombe política y social, de la que salió un país todavía más atrasado y primitivo del que proclamó la independencia. Caudillismo, montoneras,

demagogia barata, pérdida de los fines sociales de una vida nacional, fueron los frutos de esos largos años de violencia desatada.

Hoy, a 34 años del fin de la última dictadura, los venezolanos no solamente estamos lejos de haber creado una República democrática representativa y eficiente, sino que nos volvemos a hallar al borde de jugar de nuevo el destino nacional a la violencia. El alzamiento de una buena parte de la oficialidad media y subalterna de las Fuerzas Armadas venezolanas en la madrugada del 4 de febrero último es un fenómeno de inmensa importancia que no puede ser considerado a la ligera sin grave peligro para el porvenir del país. Si los insurrectos hubieran logrado predominar, el país se encontraría en una situación caótica de confusión generalizada, cuya única salida posible hubiera sido una dictadura personalista o una serie de ellas. Es posible que las carencias de la dirigencia política del país y la falsificación de la democracia hubieran parecido no dejar otra salida, en todo caso, el hecho de que ocurriera ha servido para plantear en términos perentorios y vitales la necesidad de realizar, en el tiempo más breve, las mayores reformas para que el régimen político constitucional de Venezuela corresponda verdaderamente a las exigencias elementales de una verdadera democracia representativa. Esto hay que abonárselo a los jóvenes oficiales de la fracasada tentativa de toma del poder.

El riesgo de la solución violenta no ha desaparecido y no podrá desaparecer mientras las causas que le dieron explicación a la reciente tentativa no hayan sido eficazmente modificadas.

Sería trágico que por la falta de comprensión o la excesiva mezquindad de los dirigentes políticos, el país no

pudiera realizar, con la brevedad y la eficacia necesarias, las profundas reformas que su democracia viene exigiendo desde hace ya mucho tiempo. Sería inadmisible que la alternativa no fuera otra que la violencia, que finalmente traería males peores que los que se proponga remediar, y no una decidida y compartida voluntad de hacerle a la democracia todas las reformas necesarias para que pueda servir por tiempo indefinido a los grandes fines de la sociedad venezolana.

EL MIEDO A LA LIBERTAD

La lucha por la libertad constituye uno de los agentes más importantes de la historia en la época contemporánea. Benedetto Croce llegó a hablar de la historia como "hazaña de la libertad" y el ímpetu rebelde que, en mucha parte, determinó la historia del mundo en los últimos siglos se expresa, como en la proclamación paradigmática de los franceses en 1789, con la palabra "libertad".

El deseo de la libertad es, desde luego, una característica del hombre porque, hasta donde sabemos, en el orden natural no hay libertad sino necesidad, pero desde muy temprano los humanos modificaron el orden natural para añadirle muchas cosas hasta crear un orden de normas. Así pusieron al mismo tiempo las bases de la lucha contra el orden impuesto humanamente, que con frecuencia recaía en lo que los griegos llamaban tiranía.

El ansia de la libertad, en muchas formas, está en el fondo mismo del espíritu humano y constituye uno de los factores más activos y poderosos de la lucha en la sociedad. Se ha combatido mucho por la libertad, en nombre de ella o en busca de ella y, sin embargo, nadie sabe cómo definirla porque ese estado de ausencia de coerción o restricción

impuesta sobre nosotros no ha existido nunca y no puede existir. Si alguna sociedad intentara lograr un orden de perfecta libertad saldría de la historia para recaer en el orden natural, con todas sus limitaciones y riesgos.

Se habla menos, a pesar de su presencia constante, de lo que pudiéramos llamar el miedo a la libertad. El orden legal, la norma, la ley, por lo menos desde los romanos, es una inestable y difícil combinación de cosas que pueden hacerse y cosas que no deben hacerse. Para asegurar ese difícil equilibrio, sin lograrlo plenamente nunca, la humanidad creó las leyes penales. La contradicción fundamental que nunca ha encontrado solución definitiva surge de que, tanto como el deseo de la libertad, el hombre siente horror por el caos y el desorden, porque el otro bien supremo es la paz. Los héroes de las antiguas epopeyas y los profetas fundadores de creencias religiosas aparecieron siempre como benefactores que lograron vencer el caos para establecer una situación de paz y de justicia por medio de mandamientos. Lo grave es que el desorden y el caos son, en realidad, las formas extremas de la libertad ilimitada.

Los sistemas democráticos que han desarrollado las naciones modernas no son sino formas ingeniosas y útiles de lograr una conciliación viable y eficiente entre la aspiración a la libertad y el peligro del desorden, lo cual significa que tienen mucho de aleatorio y de injusto esos posibles equilibrios y, con frecuencia, con las mejores intenciones, se puede desembocar del lado del caos o del lado de la tiranía.

Recientemente en Venezuela ha surgido un ardoroso debate en torno a una propuesta de reforma constitucional que se propone, entre otras cosas, señalar límites y contrapartidas al ejercicio de la libertad de expresión. En el debate aparecen transparentemente los dos miedos tradicionales

y las dos necesidades contradictorias. No es fácil, particularmente en un clima de apasionado debate político, lograr la serena objetividad necesaria para definir estos imprecisos límites entre la libertad y el desorden.

Lo único cierto es que, como lo sabían los juristas clásicos, el ejercicio de cualquier actividad puede provocar daños y que la ley, por lo tanto, debe prever las formas de que esos daños, cuando ocurran, puedan ser pronta y debidamente reparados por medio de las acciones que la ley da a los ciudadanos para defender sus derechos.

No todo puede ni debe definirse, y mucho debe remitirse al buen sentido de los humanos.

LA POLÍTICA ECONÓMICA DE ROBIN HOOD

Robin Hood, el bandido generoso de las viejas baladas inglesas cuyo prestigio ha llegado hasta nuestros días, robaba a los ricos para socorrer a los pobres como consecuencia de la idea muy precisa que tenía de la realidad económica en su tiempo. La riqueza en el siglo XII consistía esencialmente en la posesión de tierras de labranza y en la de monedas de oro y plata acuñadas. Ambas eran escasas y estaban en pocas manos. La inmensa mayoría de la población era de campesinos incorporados a la tierra por el derecho feudal, que llevaban una vida miserable y que, por consecuencia de cualquiera mala cosecha, perecían por centenares. Las monedas de oro y plata estaban en los arcones de hierro de los señores feudales o en las huchas de los usureros, y eran pocas, escasas y caras.

Era un tiempo de economía agrícola primitiva y estática, en que año tras año la riqueza aumentaba muy poco y, prácticamente, la única manera de adquirirla era arrebatándola por la violencia a otro, bien fuera por la guerra feudal o por la hazaña del bandido.

No podía remediar Robin Hood el terrible problema social de su tiempo pero lograba mitigarlo transitoria y

localmente en algunos casos, distribuyendo entre los pobres parte del botín de sus rapiñas, con lo que aliviaba, por lo menos temporalmente, la miseria de algunos.

En el tiempo corrido desde el siglo XII hasta hoy, no sólo la realidad económica sino el concepto mismo de la riqueza ha cambiado de un modo tan radical y completo que no podría entenderlo Robin Hood con las nociones de su tiempo. La riqueza dejó de ser estática y se hizo dinámica y creciente, dejó de consistir en cosas y monedas y pasó a convertirse en capacidad de producir y en las formas crecientes y complejas del mercado. La fortuna de los ricos de hoy rara vez consiste en tierras, y mucho menos en monedas de oro acumuladas, sino en fluctuantes ringleras de cifras que las computadoras manipulan y alteran a cada segundo y que corresponden a una noción fluida y dinámica de la creación continua de poder adquisitivo por medio de la actividad de los agentes económicos.

El primero que observó esto fue un compatriota de Robin Hood: Adam Smith, a fines del siglo XVIII, en el cambiante panorama económico de la Inglaterra de su época, se dio cuenta de que la riqueza de una nación es el volumen de bienes y servicios que produce anualmente con su trabajo.

La Inglaterra de hoy se parece muy poco a la del siglo XII y la riqueza no está en manos de unos cuantos señores feudales sino en las de una muchedumbre de empresas anónimas, en las que participan como accionistas y como trabajadores millones de personas. Esto hace que el problema de hoy no consista, como en tiempos del bandolero legendario, en quitarle a los pocos que tienen para darle algo a algunos de los muchos que no tienen sino, al contrario, en lograr que, con el trabajo de todos, la productividad

de todos, la cooperación de todos, se produzca cada día mayor número de bienes y servicios para aumentar el nivel de bienestar general. Esto no significa que los que tienen más no deban contribuir más, puesto que cada quien debe contribuir al gasto público y al bienestar social en proporción a su nivel económico.

Lo que resulta inadmisibile, absurdo y contrario al interés general es que haya sectores políticos que sigan planteando hoy el problema de la riqueza y la pobreza en los términos en que lo hacía Robin Hood y lleguen a creer que la única manera de mejorar el nivel de vida de los menos favorecidos es quitándole parte de su riqueza a los más favorecidos para distribuirla generosamente. Esta es una visión totalmente contraria a la realidad económica del mundo de hoy, que está en la base misma del gran fracaso económico y social en que han incurrido los países de la Europa oriental y del Tercer Mundo.

El problema real que está planteando a los gobiernos de hoy no consiste en hallar una manera mejor de distribuir una riqueza existente, que evidentemente muchas veces está escandalosamente mal distribuida, sino en hallar, por medio de la educación, de la preparación para el trabajo y el estímulo a la actividad creadora, la manera de distribuir mejor entre todas las clases sociales la capacidad de producir riqueza.

El bien que Robin Hood hacía a los pobres era forzosamente limitado y transitorio. En cambio, la incorporación de grandes sectores sociales a una economía productiva constituye un progreso real y permanente que beneficia a todos.

hoy, está por escribirse y abundan en ella las mentiras convencionales y las componendas politiqueras que no pocas veces han desnaturalizado y hasta quitado toda significación a la palabra democracia. Si fuéramos a reducir la definición de la democracia a la sublime sencillez que le dio Lincoln: "el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", no hay duda de que pocos regímenes podrían llenar todos los requisitos necesarios para merecer esa calificación. Los golpes militares que han ocurrido y que podrían ocurrir en el futuro en muchos países latinoamericanos no se han producido nunca en el vacío sino que, en muchas formas efectivas, han constituido un mecanismo primitivo y simplista para poner fin a gobiernos corruptos y abrir el camino a nuevas esperanzas.

El problema de sincerar la democracia en los países latinoamericanos no puede ser resuelto por presiones internacionales y, mucho menos, por intervenciones armadas.

Una democracia impuesta a cañonazos perdería toda su razón de ser. La cuestión de la democracia en la América Latina es esencialmente nacional y cada país debe enfrentarla dentro de su propio ámbito y circunstancias, sin que esto signifique que no sea importante la presencia, el ejemplo y la ayuda de democracias efectivas en otros países.

Junto con la aspiración a la democracia, el pueblo latinoamericano ha sentido con inmensa adhesión la necesidad de la independencia, hasta el punto de que ambas han terminado por estar indisolublemente asociadas. Si el precio que hay que pagar por mantener una democracia, que no pocas veces merece escasamente ese nombre, consiste en el sacrificio de la soberanía, la dependencia y la aceptación de la intervención extranjera, yo dudo mucho que vaya a encontrar apoyo en los pueblos de la América Latina.

LA VISIÓN PESIMISTA DE LA AMÉRICA LATINA

Para los que vivimos en diaria angustia el drama de la América Latina, no deja de resultarnos interesante, y hasta sorprendente, la manera como la prensa europea y norteamericana interpreta los sucesos y formula los pronósticos. Sería mucho pedir que quienes escriben esos comentarios de prensa fueran especialistas en historia latinoamericana, pero sería también mucho resignarse admitir que se pueden decir afirmaciones tan generalizadas y contradictorias como las que frecuentemente se expresan sobre ese conjunto de naciones.

No pocas veces la atención de la gran prensa universal se fija en aspectos llamativos, pero no fundamentales, de la vida latinoamericana. Hace treinta años fue el tiempo de los guerrilleros urbanos y rurales que en la mayoría de los países tuvo un carácter episódico y que, sin embargo, las notas editoriales y los comentarios de los grandes diarios destacaban como lo más significativo de la existencia del sub-continente. Más tarde el largo debate de la teología de la liberación y de su invitación a la lucha armada llegó a considerarse como el rasgo más importante de esos países. Hoy no se habla de otra cosa que del fracaso económico y político en que se encuentran como efecto de políticas y doctrinas dominantes desde los años 80.

En todo esto hay una parte de verdad y no podría hacerse una apreciación de la realidad sin tener en cuenta esos aspectos, pero no pretender explicar al través de ellos una realidad mucho más compleja, varia y contradictoria.

Estas tentativas reduccionistas que pretenden detectar el mal de la América Latina lejos de contribuir a una mejor comprensión del complicado fenómeno lo hacen más confuso y difícil de entender.

Hace poco, en un excelente trabajo publicado en *The New York Review of Books* el famoso escritor, V. S. Naipaul, con mucha sagacidad de novelista observa y analiza lo que está ocurriendo en la Argentina y sus antecedentes. Es mucha la voluntad de entender y el deseo de informarse que lo llevan a ponerse en contacto con gentes de las más variadas situaciones, con los libros y con los testimonios del pasado. Cita con frecuencia a Borges y a *Martín Fierro*, pero con mucho mayor extensión las conversaciones inquisitivas que logró mantener con gentes muy diversas. La impresión que deja la lectura de esta inteligente indagación es evidentemente pesimista. Lo que refleja Naipaul es la disolución y caída final de una sociedad humana que ha fracasado y que no encuentra estímulos y motivos suficientes para seguir luchando.

Hay una palabra que aparece varias veces en la boca de los interlocutores y que el autor recoge con cierto sentido de asombro: "Este país no es viable." Recurriendo a las enseñanzas de Zenón, la mejor prueba de que la Argentina es viable es que ha vivido casi cinco siglos en una creciente afirmación de personalidad y de misión histórica.

Los hombres que, en los siglos coloniales, hicieron el país en el largo camino desde las mesetas andinas al río de la

Plata creyeron evidentemente que era viable y que la empresa valía la pena del esfuerzo.

Para fines del siglo XVIII la Argentina era uno de los países más promisorios y deseados por los imperialismos europeos. Los hombres que hicieron la independencia lo creían viable y lucharon heroicamente por un proyecto que no tenía término visible. Lo mismo pensaban Alberdi, Sarmiento o Mitre y los hombres que, desde fines del siglo XIX, convirtieron aquel país en uno de los mejores ejemplos de crecimiento. Los poetas modernistas, en 1910, pudieron celebrar con mucho énfasis afirmativo el centenario de la independencia como la culminación de una gran jornada de creación, que se prolongaría indefinidamente en el tiempo para convertir a la Argentina en uno de los más prósperos países del mundo. El tono entusiasta con que celebraron la fecha grandes poetas, como Rubén Darío o Leopoldo Lugones, no deja dudas. No solamente la Argentina les pareció viable, sino prodigiosamente llena de promesas de futuro.

La verdad es que la visión pesimista es reciente, como son recientes los errores que han llevado a la Argentina y a todos los países de la América Latina a la actual situación de crisis política, económica y social y a considerar el tiempo transcurrido desde los años 80 como una época perdida.

Habría que pensar ahora, más bien, a la luz de las grandes tentativas de cambio y rectificación si es que nos estamos acercando al comienzo de una nueva esperanza, esta vez más realista, cautelosa y eficaz.

INDEPENDENCIA Y DEMOCRACIA

El diario *The New York Times*, que generalmente refleja un sector de opinión política de mucho peso en los Estados Unidos, ha dado el significativo paso de apoyar, en una nota editorial, la posibilidad de crear una fuerza militar hemisférica "para proteger gobiernos democráticos contra golpes por terroristas armados", citando como ejemplo la reciente tentativa de golpe militar en Venezuela y la peligrosa situación que vive el Perú frente a la agresión constante de Sendero Luminoso.

No se puede pasar a la ligera sobre esta idea, que responde, sin duda, a preocupaciones sinceras por el porvenir de estos países y también, hay que decirlo, a cierto concepto simplista de lo que es un régimen democrático, que no va mucho más allá de los formulismos rituales.

Son muchas las cosas que habría que preguntarse con genuina preocupación ante semejante posibilidad, que está llena de toda clase de riesgos y que, posiblemente, puede terminar provocando males mayores que los que aparentemente se propone evitar.

El reciente y doloroso caso de Haití puede ilustrar ampliamente las dificultades y riesgos de una iniciativa

semejante. La Organización de Estados Americanos, ante el derrocamiento del último presidente electo de Haití, Jean-Bertrand Aristide, decidió tomar las más severas medidas de bloqueo económico contra el pequeño país y no ha dejado de pensar que, junto a ellas, podría aceptarse la actuación de una fuerza armada multilateral representativa de la Organización de Estados Americanos que restableciera el orden. Hasta ahora esta iniciativa ha fracasado rotundamente, no ha sido posible retrotraer las cosas al estado anterior al derrocamiento de Aristide y se ha sometido a la nación más pobre del continente a todos los sufrimientos de un bloqueo económico que no ha tenido otro efecto, como era de esperarse, que aumentar la miseria, las carencias y los padecimientos de su población. Si semejante iniciativa pudiera prosperar en el seno de la OEA, crearía de inmediato muchos más problemas que los que aparentemente se propone resolver. No es sólo el problema de la composición de esa fuerza interventora y de su jefatura sino, sobre todo, la definición de las situaciones que eventualmente podrían justificar su empleo.

¿Quién va a definir hasta dónde hay o no democracia en un país americano? Si se va a reducir la definición a los términos mínimos y poco significativos del cumplimiento formal de elecciones y del funcionamiento, más aparente que real, de poderes públicos efectivamente independientes y respetados, podría darse el caso de que sirviera para mantener y apoyar situaciones políticas indeseables e injustas y para que la OEA entera se hiciera, en muchas formas, responsable y cómplice de muchas de las falsificaciones democráticas que llenan la historia de nuestros países.

La verdadera historia de la lucha por la democracia de los pueblos latinoamericanos, desde la independencia hasta

hoy, está por escribirse y abundan en ella las mentiras convencionales y las componendas politiqueras que pocas veces han desnaturalizado y hasta quitado toda significación a la palabra democracia. Si fuéramos a reducir la definición de la democracia a la sublime sencillez que le dio Lincoln: "el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", no hay duda de que pocos regímenes podrían llenar todos los requisitos necesarios para merecerles calificación. Los golpes militares que han ocurrido y que podrían ocurrir en el futuro en muchos países latinoamericanos no se han producido nunca en el vacío sino que, en muchas formas efectivas, han constituido un mecanismo primitivo y simplista para poner fin a gobiernos corruptos y abrir el camino a nuevas esperanzas.

El problema de sincerar la democracia en los países latinoamericanos no puede ser resuelto por presiones internacionales y, mucho menos, por intervenciones armadas.

Una democracia impuesta a cañonazos perdería toda su razón de ser. La cuestión de la democracia en la América Latina es esencialmente nacional y cada país debe enfrentarla dentro de su propio ámbito y circunstancias, sin que esto signifique que no sea importante la presencia, el ejemplo y la ayuda de democracias efectivas en otros países.

Junto con la aspiración a la democracia, el pueblo latinoamericano ha sentido con inmensa adhesión la necesidad de la independencia, hasta el punto de que ambas han terminado por estar indisolublemente asociadas. Si el precio que hay que pagar por mantener una democracia, que no pocas veces merece escasamente ese nombre, consiste en el sacrificio de la soberanía, la dependencia y la aceptación de la intervención extranjera, yo dudo mucho que vaya a encontrar apoyo en los pueblos de la América Latina.